

El espectáculo que no cesa

**MARY G.
SANTA EULALIA**

El cortometraje, cascada de jóvenes creadores

Exceptuado El código Da Vinci, la película de Pedro Almodóvar, Volver, es la que hizo correr más ríos de tinta y circular más ondas sonoras por los medios de información en la presente temporada. Sin olvidar su festejada presencia a competición en Cannes, los agasajos y los galardones que consiguió allí: mejor guión, mejor dirección artística y premio ex-aequo a sus actrices. El manchego sigue causando impacto con las memorias de su patria chica, álbum privado, recopilación de sucesos en los cuales las más seriamente agraviadas son las mujeres. La fidelidad a su tierra natal y a la idiosincrasia de su gente —por lo que consigue frescas inmersiones en comicidad— se destacan como lo mejor de este, su último film. Pero no ha cubierto él solo el completo panorama del séptimo arte, en lo que llevamos recorrido del año 2006. Restan huecos y rendijas por donde se cuelan piezas satisfactorias, como Un franco, 14 pesetas, y labores de calidad interpretativa superior, como el excelente

CINE

monólogo con el que Mariola Fuentes Ilena, prácticamente, La vida perra de Juanita Narboni, de Farida Benlyazid, o la visceral, de Anthony Hopkins, encarnando un tipo legendario, el neozelandés, Burt Munro, que entregó el entusiasmo de toda su vida a batir el record de velocidad, con una motocicleta de 1920 puesta al día con sus propias manos. Su adaptación al personaje deja a la sombra lo tópico del guión y la indiferente dirección de Roger Donaldson. El tigre y la nieve, es el título bajo el que Roberto Begnini acapara el máximo de metros de celuloide con que manifestarnos su versatilidad para motivar al espectador ya hacia la alegría, ya hacia la lástima.

De ficción

En cuanto a El código Da Vinci, lo precedía una expectación inusual. El escándalo viaja con el muy comentado libro de este título, lo arroja y le ha facilitado un cortejo de millones de lectores. Como de ordinario, no por ser legión asegura un excepcional valor literario a la obra. Aunque sí consigue un extra de curiosidad general. Esa circunstancia ha prendido también en la película, dirigida por Ron Howard y esperada con inmensa curiosidad. Pero la cinta, a fuer de empeñarse en trasladar el gran volumen de páginas escritas a dos horas de proyección, resulta farragosa, densa, confusa. No se eleva impulsada por inspiración. Al contrario, discurre penosamente entre las muchas incógnitas urdidas por Dan Brown. Sus opacos materiales de construcción obligan a un intenso esfuerzo de entendimiento, contrario a la captación instantánea de conceptos que las imágenes deben favorecer. Por tanto, no resulta nada leve ni rápidamente asimilable para un espectador de cine, acostumbrado a percibir de inmediato y con transparencia meridiana, lo que se le está contando. El tema, un asunto ficticio, por lo mismo discutible, y que afecta a las creencias cristianas, ha causado dificultades al propio rodaje —por ejemplo, las autoridades de la Iglesia anglicana prohibieron la filmación prevista en la abadía de Westminster—. Una fotografía intermitentemente sombría, turbia, apropiada para crónica trágica,

impresionada con persecuciones y daños, a medias explicados, acompaña a una banda sonora que hace sugerencias sobre suposiciones y cita a personajes y organizaciones eclesiales concretas, etc. Correctos, sin más, los actores: Tom Hanks, Audrey Tautou, Paul Bettany, Jean Reno, entre los importantes. Alguno actúa con afectación y otros, pasados de fanatismo; porque así lo pide el guión.

De amor

Hay otras películas más que vale la pena conocer, porque son imaginativas, porque entretienen, porque recuperan retazos de acontecimientos y de tendencias de la sociedad, plasmados con apasionamiento o con humor; porque alientan alguna disposición constructiva en relación con el prójimo, porque mantienen las mentes alerta para que no se adormezca el espíritu crítico en los espectadores y otras, que van disparadas hacia el mañana, abriendo rutas inexploradas, como en Tomás está enamorado. He aquí un envío sorpresa, factura del 2000. Feliz combinación de creación y ensayo, producto belga-francés, de Pierre-Paul Renders. El realizador se aprovecha de los procedimientos más avanzados en realización y en montaje, para sostener un hilo argumental mínimo tendente al mañana. Lo hace sin perder cadencia ágil y llaneza expositiva,

mientras muestra el caso extremo de una persona agorafóbica cuyo contacto con el resto del mundo está mediatizado por el ordenador.

El tigre y la nieve lleva también cargamento de amor, pero no de técnicas, sino de poesía. A esta cinta italiana, dirigida por el propio protagonista, Roberto Begnini, la desequilibra la gran diferencia entre lo que aporta el responsable último y el resto del reparto. Begnini alcanza cotas de brillantez indiscutible. Tanto en ambientaciones de situación ordinaria, como en las premeditadas de extrema beligerancia, en medio de enorme peligro y devastación. En unos casos recurre a procurar risa abiertamente y, en los contrarios, a provocar sentimientos de congoja y angustia. El desequilibrio aludido no radica en esta cuestión. Consiste en que, en comparación con él, se ha reducido al mínimo el arte del resto del reparto. Begnini, que ya fue celebrado y ganador de un Óscar por La Vida es Bella, supera sus propios records de comicidad en un papel de hombre enamorado y, por lo mismo, ingenioso y audaz hasta la heroicidad. Los demás pintan poco.

De realidad

Por sobresaliente, entre las películas más normales, cabe prestar atención a la española, antes mencionada, Un franco, 14 pesetas. Lo común de su contenido, su tratamiento discreto, ambientada a base de lo

estrictamente indispensable y desprovista de exhibicionismos de cualquier género —mecánicos o artísticos— inclina a hacerse esta pregunta: ¿qué tiene esta película para cautivar, como lo ha hecho? —Ya en su exhibición, en el Festival de Málaga, se le concedieron los premios: Mejor Guionista Novel, Mejor Fotografía y el del Público.— A varios motivos puede atribuirse la sensación confortante que transmite. El primero, que procede de su trasfondo, se debe a que maneja una información alentadora. Sin eludir miedos e inseguridades, apunta al aspecto benéfico del movimiento migratorio, que ha sido eficaz en esta ocasión, y que compensa el esfuerzo y sus inconveniencias inherentes. Que se cumple lo que la emigración, en teoría, promete o lo que el emigrante —antes, ahora y siempre— busca. Lo narrado posee certificado de autenticidad. Lo garantiza el protagonista —actor, autor del guión y director de la película—, Carlos Iglesias. Entró en la adolescencia, lejos de su patria, integrándose en una cultura ajena que le orienta hacia un porvenir razonable, respetable, apetecible, y que le inculca confianza de progreso personal y profesional —lo cual se va cumpliendo en la actualidad hasta metas importantes, con justo mérito, a todas luces—. Segundo motivo, que la peripecia de los dos oficiales fresadores españoles, ciudadanos

golpeados por la crisis industrial de los años “60/70”, se expone directa, sincera y objetivamente. Sin sordidez ni triunfalismo. Matizada con unas ligeras vetas de sentimiento y pequeñas notas de picaresca hispana. Finalmente, el poco numeroso grupo de actores reacciona ante las cámaras con el más plausible modo de expresión cinematográfica: como unos seres cualesquiera, sorprendidos en instantáneas en su quehacer cotidiano. Iglesias —como Marcos—, Nieve de Medina —como su esposa— y Javier Gutiérrez —como Martín— son ejemplares en su naturalidad y desenvoltura. La historia discurre distendida, ligera y cálida cubriendo un mensaje de filoeuropeísmo acorde con los tiempos.

Otro cuadro distinto, fundado en acontecimientos del presente y procedente de G.B., sale de las manos de Michael Winterbottom y Mat Whitecross. Se titula Camino a Guantánamo y tiene carácter biográfico-documental. En el 56º Festival de Cine de Berlín, ganó el Oso de Plata. Se sitúa en la línea del realismo; más concretamente, del político-denunciador, cada día más expresamente enfocado hacia hechos comprometidos del presente mundial y objeto de debates en todo tipo de foros, privados y públicos. Se asimila al estilo de las realizadas por el documentalista

estadounidense, Michael Moore

— Bowling for Columbine, 2002, y Fahrenheit 9/11, 2004— y otros colegas que optan por caminar calle adelante, cámara-crítica en ristre. Aporta los datos de nombres y fechas de cuatro jóvenes británicos, de origen pakistaní y bengalí, que viajan desde Londres a Karachi, para la boda de uno de ellos. Hacen una escapada a Afganistán, en plena guerra antitalibanes y, accidentalmente, son detenidos por las tropas de la Alianza del Norte, que los entrega a EEUU, bajo sospecha de pertenecer a grupos terroristas. Trasladados a Guantánamo se les mantiene prisioneros varios años, sometidos a permanentes malos tratos, a coacciones y a interrogatorios exhaustivos. Hasta que la policía británica puede probar su no pertenencia a organismos anti-americanos. Ruhel, Asif y Safiq, viajan presentando esta película con ánimo de que se cierre Guantánamo, mientras conservan la esperanza de que aparezca su cuarto compañero, desaparecido en 2001.

De novela

El español José Luis Cuerda hace su película del 2006, La educación de las hadas, para contar dos años de amor de un creador de juegos, una ornitóloga y su hijo, con cuidadosos componentes. La base, la novela de Didier Van Cauwelaert, y los actores: Irene Jacob, Ricardo Darín, Bebe,

Víctor Valdivia, Jordi Bosch. El entorno, un paisaje rural espléndido, un bosque casi encantado y un hogar rodeado de pájaros. A tal composición no le faltarán ecos del existir más sobresaltado, impuro, presidido por los vicios de la ciudad. El bloque de acción e intención está fundido por un indiscutible propósito poético de exaltar el amor, que se desprende del mismo título, adoptado del libro, y al que no perjudican los excesos de la ilegalidad, la injusticia ni las indignidades humanas que lo cercan. Sí, en cambio, reduce su alcance en el desarrollo fílmico, la ocultación o reserva del director respecto algún componente de la personalidad de la esposa o de sus circunstancias. Porque lo retrasa, crea equívocos gratuitos y lo manifiesta en un instante fuera del círculo mágico de la familia y rompe el hechizo que prevalecía desde el encuentro en el avión.

Del ámbito del “cómic”

Renaciendo de sus cenizas, que fueron unas viñetas originales de Joe Shuster y Jerry Siegel, de los años 30 —siglo XX— aparece Superman Returns, El Regreso. El doble personaje de Clark Kent-Superman, cuya imagen más aguerrida y, seguramente, más popular fue el malogrado Christopher Reeve, toma cuerpo en Brandon Routh, bajo la dirección de Bryan Singer. Tiene unos compañeros secundarios de primera categoría,

como Kevin Spacey, en el malvado Lex Luthor; Frank Langella, como director del diario Daily Planet; Kate Bosworth, como Lois Lane. El tono de esta nueva entrega del super-mito estadounidense, salvador del mundo, tiene mucho de homenaje a la producción de 1978, que dirigió Richard Donner, y al origen tebeístico de la obra. En fin, el tema está tratado con todo el lujo que la Warner Bros se puede permitir para disfrute de los "fans" de este ídolo de capa sin espada.

De efectos especiales

La gama de las cintas fantásticas de acción febril prosigue con las secuelas de X Men, que entra en su III fase: La decisión final. Ahí surge la insólita identificación de mutantes, con humanos cuyos índices de inteligencia superan a los habituales. Ese punto de partida se amplía hasta dar paso a una leyenda futurista —también procedente de "comics"— en la cual el vestuario, casi carnavalesco, juega una gran baza, al aludir a los poderes sobrehumanos que detenta su portador. El director, Brett Ratner, permite que mil fuerzas se desplieguen en una serie inacabable de combates, con ataques escalofriantes y golpes de efectos especiales para no levantar cabeza, provocados por siniestros invasores de cuerpos humanos. En resumidas cuentas, se plantea un enfrentamiento insalvable entre dos facciones de

mutantes y la guerra sin cuartel que estalla entre ambas; las radicales, de un lado, y las reflexivas, del contrario.

De estirpe asimilable y carácter dinámico, es Poseidón, con los rasgos amenazantes, asimismo, de innumerables efectos especiales para describir el accidente que interrumpe un viaje de lujo y placer. Wolfgang Petersen —El Submarino, 1981—, experto en catástrofes cinematográficas, bajo el agua, tiene a su cargo la confección de este naufragio: alto porcentaje de explosiones y descarga de furiosos elementos en medio del océano. Las olas, fabricadas por procedimiento digital, se alzan tormentosas, forman una barrera impenetrable e impiden el normal desplazamiento de un hermoso transatlántico, con proa puesta rumbo a América —procedencia del film—. El director se toma unos minutos de respiro, como un preámbulo, para presentar a media docena de pasajeros muy significativos, con los cuales avisa al espectador respecto lo que puede pasar, en general, y lo que le espera a cada uno, en particular. Los especialistas de la fotografía se dedican, después, a vaciar más líquido contra el barco y los riesgos, para éste y su pasaje, se precipitan de manera caótica, hasta hacerle volcar, dejando el casco hacia arriba y los viajeros, sacudidos, por todos lados, víctimas de la destrucción más aparatosa que quepa

imaginar. El grupo de los previamente presentados, lleno de coraje, emprende una retirada para salvarse, caiga quien caiga.

De transgresiones

De gran peso dramático, The king —El Rey— sobresale por la tensión que logra su director, James Marsh, desde el comienzo hasta el último fotograma. Esa es su clave y la guarda el protagonista, Elvis —Gael García Bernal—, sin vacilar un instante ni permitirse un guiño. Joven recién licenciado de la Marina, que va directa y conscientemente al encuentro de su padre, David Sandow —William Hurt—, de quien sólo sabe el nombre. Le busca y, sin rodeos, le descubre quién era su madre y cómo ésta le puso en antecedentes sobre el autor de sus días. Pero éste, que ejerce como pastor de una Iglesia baptista, que tiene una familia formada, con una esposa, un hijo —Paul Dano— a punto de ir a la Universidad, y una hija jovencita, Malerie —Pell James—, rehúsa reconocerle. Elvis, no obstante, permanece en el pueblo, ronda a Malerie y la enamora. Desde ese punto arranca la escalada de pecados/crímenes que se abate sobre los inocentes y que se prolonga hasta el punto de no retorno. Tanto la actitud del padre, con su distanciamiento inmediato, egoístamente justificado, como la persistencia del hijo bastardo en seguir en la brecha, sin dejar traslucir

intenciones, tienen en los dos actores unos sólidos representantes a los que dan respuesta conveniente los demás miembros del equipo. El drama es tanto más eficaz en su dureza por la confrontación de unas creencias religiosas y la actuación opuesta a las mismas de quien las predica y por cuanto no se ofrece la menor pista al espectador sobre el desenlace.

De otros orígenes

Con otro aspecto, otro ritmo y otro talante, se presentó *Mistress of spices*

—La señorita de las especias—. Hecha en Gran Bretaña, pero con asumido estilo asiático y, más concretamente, indio, esta cinta es una nueva prueba de los intentos del cine oriental por introducirse en todos los mercados. Las vías de distribución están firmemente establecidas y muy occidentalizadas y, más que nada, potencian la producción de Estados Unidos. No obstante, incluso a España, van llegando títulos del lejano Oriente,

donde India, Corea, Hog-Kong han creado estudios que compiten en cantidad de películas con Hollywood, y en calidad ya hace años que obtienen premios en los más exigentes festivales del mundo. Estas películas no suelen verse en las salas comerciales, pero sí son proyectadas en los locales de las filmotecas y en otros, más especiales, que se esmeran en sus programaciones, como,

en Madrid, el Pequeño Cine Estudio, los Verdi, los Renoir o los Alphaville que, de ahora en adelante, usarán la doble denominación de Golem-Alphaville. El primero de ellos tuvo en cartel, recientemente, tres singularísimas películas indias del patriarca director Satyajit Ray, y en este verano, otras con sus características inimitables de Tailandia y China. Ocasión para familiarizarse con el arte cinematográfico de otras etnias y otras lenguas. La señorita de las especias, estrenada en la sala del club Calle 54, ha sido producida por el mismo equipo de Quiero ser como Beckham y Bodas y prejuicios, Mayeda Berges —guionista, Gurinder Chadha—, con color —y casi sabor y olor— del país de Indira Ghandi y protagonizada por una linda actriz, Aishwarya Rai, nacida en Mangalore. Hace un papel de joven educada a modo de sacerdotisa de las especias, que comercia con ellas en Estados Unidos. Su tarea de vendedora-oficiante lleva consigo el conocimiento a fondo de los poderes y cualidades de cada especie de su singular mercancía. Aparte, ha de vivir austeramente y bajo unas normas inquebrantables de rectitud moral, lo que le causará un gran conflicto sentimental al exigirle sus funciones que no actúe nunca en beneficio propio. La película se anota un gran tanto por la presencia de su actriz, principalmente, por su belleza. Lo demás, con una marcha pausada y detenimiento en el detalle,

lo pone la cámara bajo la dirección de Paul Mayeda Berges que repasa el interior de la tienda repleta de plantas, hierbas, flores, hojas que aromatizan las comidas de sus clientes, incluyendo otros efectos, a cual más increíble y peregrino.

En cuanto a los cines Renoir, acaban de festejar sus veinte años de existencia con una reposición de lo más adecuada y emotiva: la de *Partie de campagne*, insigne obra del cineasta realista francés cuyo nombre prestigia a las salas, Jean Renoir. Rodada en 1936, estaba basada en una novela corta de Guy de Maupassant. Por añadidura, ofrece, entre otras secuencias encantadoras, de época y de ambientación rural, una convertida en evocación del cuadro El columpio, de 1876, del escultor y pintor Pierre Auguste Renoir, padre del director y uno de los principales exponentes de la escuela impresionista francesa.

Los cortometrajes llueven

Entre otras ventajas, los inventos de cámaras digitales han aportado a la realización de películas y a los cortometrajes, en particular, la aproximación a las pantallas de un abundante surtido de estos productos que, sin exagerar, esparcen por el mundo una rica cosecha de nuevas visiones, análisis, ideas, transportadas en breves cintas, fruto de diversidad

de imaginaciones en permanente estado de creación. A esta rama del cortometraje vienen a parar nombres de noveles con títulos que se distinguen en festivales, como José Javier Rodríguez Melcón, cuyo poético Nana —un bebé emigrante duerme sobre el regazo de su madre que, encogida en el fondo de un cayuco, le arrulla ignorando los golpes del oleaje que sacude la embarcación— ganó un Goya, 2006, y su Recursos Humanos fue galardonado con el premio del festival de cortos de Capalbio, en la Toscana —Italia—, como mejor film, 2005, contando con un actor, Andrés Lima, premio Max, por Animalario, y Nieve de Medina, actriz de notabilísima expresividad —Los Lunes al Sol y Un franco, 14 pesetas—.

Ana Martínez Álvarez, ya experimentada por su trabajo en TVE, como realizadora de Producción de Programas en Prado del Rey, —con un trabajo, en curso de rodaje, sobre el doctor Ramón y Cajal— revela, sobre su indiscutible vocación, unas dotes de profesional impecables. Acaba de confirmarlo en la reciente presentación de su última obra, Penalty, enfocada al maltrato doméstico, en el cine Bellas Artes de Madrid, dentro de las sesiones organizadas regularmente por la Sociedad General de Autores. Ana obtuvo un premio Goya, por su primer corto, Pantalones, también galardonado en muestras de Italia.

A la vez que se comenta el tema de los “cortos”,

cabe hacerlo además sobre los films de animación, también cultivados en España, sobre todo en Galicia, País Vasco y Cataluña, y en menor proporción, en Madrid, de donde ha salido uno, muy recientemente estrenado. Con frecuencia en ellos, sus autores tienden a contemplar la pérdida de valores humanos. Así, por ejemplo, lo han hecho Marcos Valín y David Alonso, en su Atención al Cliente, salido de la ECAM. Una aguda observación sobre el desamparo de una anciana con mínimos recursos, en el ambiente inhóspito de un gigantesco y frío supermercado. No sólo los alimentos en venta suben de precio súbita y desproporcionadamente, sino que el público avanza ciego y a la carrera por los pasillos, atropellando a los seres más desvalidos. Para no olvidar a los vigilantes del negocio, operarios de una insensibilidad como tallados en metal. Puestos en este punto no queda más remedio que notar la creciente fuerza del cine digital. Está ganando tantos adeptos que ya es una lluvia torrencial la que se precipita sobre pantallas grandes y pequeñas. Para servir las se duplican los Festivales. Se acaba de clausurar el primero de ese género, en Barcelona, y se anuncia la inauguración de la 5ª edición del de la isla de La Palma, Canarias, con sus puertas abiertas del 15 al 22 de julio.

